

Las expresiones motrices: una alternativa de reconstrucción de cultura en Medellín

*Rubiela Arboleda Gómez**

*No hay más futuro que ahora, ni
más infierno ni cielo que ahora.*

(Walt Whitman)

Oliveira, el personaje creado por Cortázar en *Rayuela*, sostiene que sólo sentimos el cuerpo cuando estamos en el retrete, a propósito de ese movimiento intestinal que nos pone frente a la muerte y luego con igual fuerza nos regresa a la vida. "El alma —dice él— empujó quizá al hombre en su evolución corporal, pero está cansada de tironear y sigue sola adelante. Apenas da dos pasos se rompe el alma, ay, porque su verdadero cuerpo no existe y la deja caer, plaf". A diferencia de Oliveira, que pone al cuerpo rezagado con respecto al alma, yo quiero proponer al cuerpo que por medio de las expresiones motrices empuja "al alma", se constituyan en una alternativa de reconstrucción de cultura.¹

Referimos a una reconstrucción de cultura interroga, en principio, por la deconstrucción, y a su vez por la cultura, pues sólo es posible reconstruir aquello que luego de edificarse sufre un derrumbamiento.

El concepto *cultura*, como dice Gadamer, "flota en una indeterminación singular"². Sin embargo, sabemos que la cultura nos sostiene, aunque al definirla intuimos la imprecisión. En

* Profesora del Instituto de educación física, Universidad de Antioquia.

1 Julio Cortázar. *Rayuela*. Buenos Aires. Sudamericana. 1970. p. 455 2

2 Hans. George Gadamer. *Elogio a la teoría*. Barcelona. Paulos. 1993. p. 6

consecuencia, el concepto de cultura con el que se ha elaborado esta reflexión tiene sus límites y corresponde a un compromiso ineludible para la argumentación de lo propuesto.

La cultura, recurriendo a conceptos antes considerados, es el mecanismo que ha permitido domeñar los instintos. Este dominio sobre los instintos nos conduce a establecer unos pactos éticos para la vida colectiva que posibiliten transitar por lo cotidiano. "Se sabe desde Durkheim que el derecho es el hecho social por excelencia: expresión directa de la conciencia colectiva que se cristaliza en fórmulas (leyes, reglas)"³.

La cohesión tejiendo lazos que se sostienen por diferentes discursos normatiza las relaciones y señala el patrón de normalidad del mismo. "La vida social implica una conformidad moral satisfactoria como compromiso de valores hacia un orden normativo legítimamente es intuitivo y también implica un mínimo de conformidad lógica como estándares de verdad e inferencias compartidos"⁴. Cada individuo tiene una relación efectiva con la sociedad, de ahí que la identidad del yo se forme a través de la identidad colectiva, de esta manera la sociedad conforma "una alteridad generalizada"⁵, esa otredad que también soy y la cual subsiste por la solidaridad, herramienta sustantiva en el proceso identificadorio. En palabras de Gadamer, "la cultura es todo aquello que es más cuando lo compartimos, es lo que impide a los hombres precipitarse unos sobre otros y ser peores que un animal, pues los animales no conocen, a diferencia de los hombres, la guerra, es decir la lucha entre congéneres hasta la aniquilación".⁶

La cultura permite prolongar la existencia y con ello nos distancia de la muerte. A la muerte se la desconoce como realidad unívoca de nuestra existencia a pesar de ser la certidumbre suprema de la biología.

Puede que el único rasgo distintivo entre animales y humanos sea el que los animales se mueren y los hombres sabemos que morimos. Los animales viven esforzándose por no morir, los hombres vivimos luchando por no morir y a la vez pendientes de que en cualquier momento tendremos que morir. A diferencia de los animales, benditos que son, el hombre tiene la experiencia de la muerte y memoria de la muerte y premonición cierta de la muerte. Por eso los animales "corrientes" procuran evitar la muerte, pero ésta suele llegarles sin esfuerzo y sin alarma, como el sueño de cada noche; en cambio los humanos no sólo tratamos de prolongar la vida, sino que nos rebelamos contra la muerte, nos sublevamos contra su necesidad, inventamos cosas para contrarrestar

3 Emile Durkheim, citado por Josetxo Beriain n. *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*. Barcelona. Anthrophos. 1990.

4 Jürgen Habermas. Citado por Beriain, *ibid.* '.

5 Concepto tomado de Beriain, *ibid.*, p. 203

6 Gadamer, Op. cit. p.8.

el peso de su sombra. Aquí reside la fundamental diferencia entre la sociedad de los hombres y la sociedad del resto de los animales llamados sociales: estos últimos han evolucionado hasta formar grupos para mejor asegurar la conservación de sus vidas, mientras que nosotros pretendemos la inmortalidad".⁷

Nuestra especie se cree inmortal y por esto todas las sociedades han construido sistemas protectores, como los ritos, las creencias: un regodeo en lo imaginario para alimentar la ilusión de perennidad. Los rituales son sistemas simbólicos inherentes a la cultura que buscan perpetuarla y diferenciarla. Cada cultura debe poseer sus particularidades que la caractericen y la definan.

La cultura, en síntesis y en el contexto de esta elaboración, descansa sobre los siguientes capiteles: establece códigos, valores, leyes y normas para la convivencia digna. De esta manera, controla los instintos y evita que nos precipitemos unos sobre otros: crea sistemas protectores, como rituales y creencias, es diferenciable, proporciona sentimientos de identidad que se sostienen en la solidaridad, prolonga la existencia y en consecuencia distancia la muerte.

La deconstrucción en Medellín

*Civilizaciones, ahora sabemos
que ustedes son mortales.
(Paul Valery)*

Cuando flaquean las estructuras de una cultura es posible, entonces, plantear la deconstrucción. Con este término no me refiero a la desintegración o desaparición total de la cultura, lo cual podría suceder, sino al desmoronamiento de algunos elementos que la soportan, lo que no elimina la alternativa del enraizamiento o el surgimiento de otros factores que la integren.

Medellín, ciudad a la que se hace referencia, ofrece un panorama complejo cuando se intenta describirla. Es una cultura del bricolage, producto de una conformación social en más de un 50% de origen campesino que en combinación con comerciantes, mineros, artesanos y obreros de la industria naciente constituyó el sustrato inicial de una cultura caracterizada por su afán de progreso. Esta, que tiene pretensiones de gran ciudad y el peso ancestral de la provincia, existen las manifestaciones tradicionales permeadas por los movimientos culturales foráneos.

Medellín está contextualizada en un desarrollo violento sustentado en un patológico proceso migratorio. Esta no es una característica exclusiva de esta ciudad. Por el contrario, es un fenómeno general —producto del capitalismo— en los países latinoamericanos, pero aquí tiene

Fernando Savater. *Político para Amador*. Barcelona. Ariel. 1992. p. 28-29

sus propias categorías. Con la migración a la ciudad surge un juego desequilibrado entre los pobladores y el espacio geofísico; de otro lado, se da un choque entre los patrones culturales rurales de raigambre colonizadora y los urbanos. No es una ciudad, son dos ciudades: la del valle y la de la ladera; la ciudad planeada fue penetrada por una ciudad insospechada, impensada y oculta.

Como la describe Alonso Salazar: "esta cultura, arraigada y vital, no pudo ser una cultura sólida, una cultura de convivencia, de identidad ciudadana. Medellín es un conglomerado urbano que no ha podido ser ciudad. Es una colcha descosida de culturas pueblerinas. La clase dirigente paisa no fue capaz de responder al desafío de construir una ciudad como espacio de encuentro y comunicación, y construir una cultura de convivencia con un proyecto de modernidad".⁸

Los diálogos interculturales, característicos de la actualidad, propician el cruzamiento de procesos de diferentes comunidades, de ahí que se observen sincretismos que le otorgan rasgos propios de otras culturas a los de esta ciudad. El cruzamiento es, pues, en un doble sentido: rural-urbano y Medellín-resto del mundo. Surgen así, conflictos de valores, nuevos patrones de vida sin que se abandonen completamente los anteriores y se adoptan formas importadas que se asumen como propias.

Los medios de comunicación han fomentado el proceso de migración y la adopción de formas de vida. Si para la biología es justo afirmar que se muere por homogeneización, dado que un sistema biológico se caracteriza por la heterogeneidad, es decir, la pérdida de diferencia, significa también la muerte como cultura. Distintos autores lo han lamentado y lo expresan a manera de premonición: "las sociedades hoy corren el riesgo [Medellín también] de perecer por exceso de homogenización, identidad reductora. Así, la civilización del mañana [...] sólo podrá resultar de la colaboración de las culturas que tomen en cuenta sobre todo la distancia diferencial que presentan entre sí".⁹

"La diversidad de los pueblos y las culturas tiende a ser borrada por el auge de una cultura internacional [...] día a día se sustituye un universo profuso y profundo arraigado de mil maneras distintas en una tierra nutricia por una expresión evanescente y trivial [...] El capital se complace en borrar las diferencias y uniformar a los hombres. Cuando ya no seamos más estos millones de rostros singulares [...] sino el mismo es repetido hasta el vértigo, habrá alcanzado su plenitud esta curiosa tendencia moderna que se llama progreso [...] diluir en unos cuantos colores impuestos la infinita variedad de los matices del espíritu humano."¹⁰

8 Alonso Salazar. "La resurrección del desquite". En: *Gaceta*. Bogotá. N.8. (Ago-sep. 1990). p. 33

9 Louis-Vincent Thomas. *Antropología de la muerte*. México. Fondo de cultura económica. 1993. p.22

10 William Ospina. *Es tarde para el hombre*. Santafé de Bogotá. Norma. 1994. p. 49-50.

Los medios de comunicación están a la cabeza en el proceso de homogeneización, pues ofrecen modelos de vida, internacionalizan eventos, modelos de estética y dispersan por todo el orbe los mismos sueños.

Algunos estudiosos de la situación de Medellín, desde diferentes disciplinas, señalan que en esta ciudad se ha dado una deconstrucción de la cultura, refiriéndose con ello a la desaparición (que prefiero llamar transformación) de valores que hacen la vida digna. Es decir, que ante las dificultades que representó el espacio reducido, el apiñamiento de los migrantes en las laderas de otras regiones, la imposibilidad de expresar sus propios acervos culturales, y las pocas condiciones económicas para adquirir vivienda, educación, salud y trabajo, se generaron circunstancias en las cuales los individuos perdieron su identidad cultural. Subyace en estos pretextos el presupuesto de una pérdida de arraigo generada por el autodesconocimiento, consecuencia del híbrido de doble vía: el tendido de retazos y el proceso de homogeneización-imitación. Como acertadamente lo plantea Louis Vincent Thomas: "hay derecho a preguntarse si existe muerte más horrible que la que consiste en privar a un pueblo de su identidad".¹¹

Medellín es una ciudad habitada por el miedo, sin un rostro que la defina, en la que la muerte merodea sin reglas que la detengan. Es decir, la ley, que es esencia de la sociedad, ha perdido efectividad y ese pacto de vida en común se ha desvanecido en esta sociedad de lo desechable. La moralidad se ha escindido de la legalidad. El lenguaje ético colectivo ha dado paso a un monólogo de los individuos. Un lenguaje no de convivencia, sino de supervivencia. El principio de colectividad de la cultura choca con el de individualización y desaparece, así, la solidaridad que sostiene al grupo. Se abandona al sujeto a sus fantasías mortíferas y mortífobas, se le excluye de la manada y, por tanto, se le hace blanco de la muerte, dado que la especie es una protección del individuo.

Al respecto, Habermas anota: "la unidad de significado de las cosmovisiones metafísicas se está desmoronando, y esto cuestiona la unidad de las formas de vida modernizadas y amenaza la identidad de los sujetos socializados y de sus solidaridad social".¹²

En otro texto, afirma el sociólogo alemán: "la cultura, en su forma moderna, excita el odio a las convenciones y virtudes de una vida cotidiana, que ha sido racionalizada bajo las presiones de imperativos económicos y administrativos".¹³

El instinto contenido de irnos los unos contra los otros anda suelto y en el momento en que desató las ligaduras, puso en aprietos a la cultura dejando su norma más elemental y sustantiva: "no matarás", reducida a un discurso del que tratamos de asirnos en un gesto cuasianimal de protección.

¹¹ Thomas. Op. cit. p. 76.

¹² Habermas, citado por Beriain. op. cit. p. 141.

¹³ Jürgen Habermas. *Modernidad versus postmodernidad*. s.p.i p. 21.

Hemos perdido terreno en la distancia con la muerte. Si la conciencia de muerte es una característica típicamente humana, un asunto de la cultura es brindarnos el sueño de eternidad y matizar nuestra naturaleza efímera. Pero en una ciudad donde se acentúa la realidad de la finitud, donde las funerarias se han convertido en un buen negocio, la cultura ha perdido eficacia y ha colocado a sus individuos al acecho de la muerte, intuyéndola, presenciándola, temiéndola y, en el peor de los casos, justificándola.

La deconstrucción de la normatividad surge en un mundo donde la religión ha dejado de ser el centro, donde se han generado discursos satélites que cobran su propia fuerza, y esta desacralización del entorno de los objetos y de las experiencias humanas trae consigo el desasosiego de lo transitorio, de lo prescindible. "La autoridad moral de las normas sociales tiene sus raíces en lo sagrado"¹⁴ Tal parece que la pérdida de fuerza del discurso religioso hubiera dejado a la humanidad en un vacío, sin un piso sólido donde sustentarse.

En Medellín reina *Thanatos*, es el mediador de las relaciones entre sus habitantes, ya sea porque se le teme o porque se ofrece como producto de intercambio. No se refiere esto sólo a la muerte biológica; existen, como ya se ha insinuado, otras: la muerte de la cultura por homogeneización o por la desaparición de sus objetos, porque en esta sociedad de lo ligero, de lo contrario, no se preserva a sí misma. Y existe aún otra muerte, la denominada muerte social o por exclusión; ésta implica la pérdida de la productividad reconocida por el grupo. Es la eliminación del otro como consecuencia de su inutilidad. Esto tipifica a una sociedad en la que la producción real, en términos de dinero, constituye el medidor, por excelencia, del valor de los objetos, las relaciones y las personas.

Uno de los signos mortales reconocidos es la carencia de motricidad, el estatismo. El movimiento es una posesión de lo viviente que le permite la relación con el entorno y con los demás. La posibilidad motriz se le niega a diferentes categorías de individuos por considerarlos por fuera de la vida social estándar. La ausencia de motricidad resta vida y aproxima a la muerte. Fallecer no es, pues, dejar de respirar, perder las funciones cerebrales, las facultades intelectuales e instintivas, perder la sensibilidad en todas sus formas; morir significa dejar de vivir y esto es dejar de ser para los otros, dejar de ser socialmente, ausentarse de la cultura.

La vejez, la incompletud corporal, la enfermedad, las anomias psicológicas, el vicio, e incluso la pobreza, conducen a la desaparición social en una cultura en la que se rinde homenaje al trabajo, a la producción y a la juventud.

Muerte biológica, muerte cultural y muerte social tienden un velo sobre Medellín y crean, así, la contracultura del miedo, generan incertidumbre. Estamos lejos de validar la expresión de Goethe: "la obra maestra del hombre es perdurar".¹⁵

14 Berian. Op. cit. p. 34.

15 Wolfgang Goethe. Citado por Thomas. Op. cit. P. 23

La salvación por el cuerpo: el momento reestructivo

*Allí donde crece el peligro
crece también la salvación.
(Friedrich Hölderlin)*

"Sólo cuando los miembros de una sociedad experimentan las alteraciones estructurales como críticas para la existencia continuada y sienten sus identidades amenazadas podemos hablar de crisis".¹⁶ Pero la crisis, que es propia de toda realidad, debe ser mirada como un momento de transición que permite el avance. Las crisis de identidad y los efectos de la modernidad propician el surgimiento de otras cosmovisiones que dan sentido a la nueva atmósfera social.

Toda sociedad busca establecer los límites simbólicos de su universo, define lo sagrado y lo profano, establece los linderos entre el bien y el mal y resuelve, ya desde lo racional o desde lo imaginario, las preguntas acerca de la vida, la muerte, el amor, el nacimiento, la existencia. "Una sociedad no se puede crear ni recrear sin crear a la vez un ideal (de la sociedad) [...] es la sociedad por el simple hecho de lo imaginario colectivo, la que crea grandes patrones sociales de significado [...] pero esto lo hace a través de lo simbólico, de universos simbólicos, de representaciones colectivas".¹⁷

En efecto, en esta sociedad de Medellín, se han evidenciado las expresiones de esta época, en la cual hacen presencia discursos de salvamento que buscan recuperar en la sociedad valores perdidos o a punto de desaparecer. Emergen nuevos paradigmas, como el de la salud, la identidad sexual, la identidad cultural, nacional y étnica, y el paradigma del cuerpo. El cuerpo hace parte de las representaciones colectivas, es decir, de las estructuras intersubjetivas de conciencia. Para que una producción social tenga sentido, los individuos deben tener una autopercepción que lo aproxime al grupo; la identidad se reconstruye gracias a la participación integradora ante el deseo de rehacer esa sociedad como una institucional moral; es decir, mediante la creación de sistemas de valores que predeterminen la conducta, sustentados en ideales que grafiquen la nueva vida que proponen. Allí donde se reúnen los intereses de los actores sociales a través de los cuales los sujetos adquieren (recuperan, en este caso) identidad, es posible reconstruir los valores cohesionadores del grupo. Los intereses y necesidades no pueden ser impuestos administrativamente, ni a voluntad; ellos tienen su propia lógica.

Las expresiones motrices, por antonomasia, tienen por objeto el cuerpo. En este sentido, ni se le sacraliza, éstas reflejan esa condición de la sociedad actual. El concepto *sagrado* debe considerarse traspasado por las categorías de tiempo y espacio que lo legitiman y avalan. Podemos decir que asistimos a una sacralización-profana de elementos de la

16 Hebermas, citado por Berian, Op. cit. p. 176

17 Durkheim, citado por Berian. Ibid, p. 35

permiten generar la nueva norma revestida de un posible ser. El desencantamiento y descentramiento del mundo conducen a una secularización de la conciencia colectiva. "El principio sagrado no es nada más ni nada menos que la sociedad transfigurada e hipostasiada, la vida ritual debe poder interpretarse en términos laicos y sociales".¹⁸

Las expresiones motrices, ese desbordamiento de manifestaciones deportivas, recreativas, de mantenimiento, de salud, esos nuevos usos corporales, desarrollan una cultura somática y facilitan la constitución de microgrupos a partir de sentimientos de pertenencia. Son organizadas con una coherencia lógica, conforman un sistema simbólico, en la medida en que se constituyen en una urdimbre que significa dentro de un contexto determinado. Se establece, así, un código articulado a una intención, en el que se admiten unos gestos, se prohíben otros; es repetitivo, expresivo e instrumental, ofrece pautas de comportamiento comunitario, estimula la solidaridad, crea actitudes, promueve creencias. "Las prácticas corporales corresponden a sistemas simbólicos engendrados por un hábito social. La percepción de símbolos tanto como su interpretación están sujetas a un determinante social", tal como lo afirmó Marcel Mauss.¹⁹

Tras la homogeneización aparente de usos corporales se esconden patrones de otro orden que superan la técnica. Cuando las expresiones motrices salen a escena lo que allí se expone no es sólo el grupo que las asume, ni es sólo la preparación específica la que está en juego; allí se exhibe toda la cultura de la cual provienen, y con ello el juego de relaciones subjetivas e intersubjetivas de la comunidad. "La verdadera razón de ser de los cultos, incluso de los materialistas en apariencia, no ha de buscarse en los gestos que prescriben, sino en el renacimiento interior y moral que tales gestos contribuyen a determinar".²⁰

El cuerpo, a través de estas manifestaciones, ofrece una opción de identificación y de autoconstrucción ante la ausencia de opciones en el medio. En una cultura donde la identidad está representada en la territorialidad, el propio cuerpo constituye el terreno más cierto e inmediato para el encuentro. En Medellín, los pobladores se aglutinan en torno a ideales de protección, de reconocimiento, de diferenciación y de afirmación en el espacio, por medio del "espacio" individual que es el cuerpo.

Pero además de la alternativa individual materializada en la proliferación de centros que ofrecen actividades motrices, a los que acuden desde gestantes hasta gerontes, incluyendo a los discapacitados, en una disputa férrea contra la amotricidad a la que se ven sometidos, en una lucha contra la desaparición como sujetos sociales, a partir del cuerpo se manifiesta la búsqueda de una nueva identidad colectiva. Con los cultos al cuerpo se intenta reconstruir una simetría entre el grupo social y el medio

¹⁸ Durkheim. Ibid, p. 53

¹⁹ Marcel Mauss, citado por EikeLoinkler y lostiSchv;ti)á\aiáf. *El conocimiento del hombre*. Barcelona. Planeta. 1985.

²⁰ Durkheim, citado por Berian. Op. cit, p. 52.

Las manifestaciones motrices corresponden a una gramática de las formas de vida que buscan restaurar y proteger modos de vida puestos en peligro, conforman una territorialidad en la que transitan los valores correspondientes a una autoconcepción de la sociedad, autoconcepción de *nosotros*. Actividades como: Medellín en patines, de cerro a cerro, botepaseo por el río Medellín, en bicicleta por Medellín, carrera de la juventud, recobrando los caminos de herradura, ciclovías, entre otras, intentan promover ideales de unidad ciudadana y darle a esta urbe una atmósfera diferente cargada de "salud", representada en una cultura somática soportada en un afanoso deseo de redención. Surge de esta manera, y utilizando la expresión de Lyotard, una suerte de "racionalidad local" frente al hacer corporal.

Una ciudad con una sociopatología estigmatizante, vuelve la mirada al cuerpo y efectivamente se incrementan los controles sobre el mismo, se ponen en oferta mecanismos para un mejor estilo de vida, para el incremento de la autoestima, el bienestar y la juventud. Pero tras los argumentos de la técnica, el rendimiento, la recreación y la salud se ocultan otras razones, no tan evidentes, que bien pueden corresponder a la categoría de mito: el ideal estético, el sueño de eterna juventud, la recuperación de la ilusión de inmortalidad. Se trata de dotar al cuerpo de cualidades como la fuerza, la resistencia, la flexibilidad, el tono muscular, en un intento no sólo de eliminar su naturaleza efímera, sino también de adquirir virtudes espirituales que nos harán ciudadanos más dignos.

El poder corporal, a diferencia de lo que Michel Foucault plantea como Biopoder o ese deseo de domesticar al cuerpo sometándolo y debilitándolo, magnificándolo como fuerza de trabajo y minimizándolo como fuerza política potencial, se supone acompañado de los denominados valores morales. En ocasiones se opta por las actividades físicas, no sólo por los beneficios que ofrecen, sino también por aquello de lo cual alejan, a manera de asepsia espiritual. Es así, como en la reelaboración normativa del grupo social, la corporeidad es un elemento fundante y significativo, como "un horizonte de expectativas a la manera de futuro posible".²¹ Finalmente, como bien lo expresa Durkheim, "una sociedad no está constituida tan sólo por la masa de individuos que la componen, por los actos que realiza, sino ante todo por la idea que tiene sobre sí misma".²²

Los usos corporales corresponden al mundo de la vida; el mundo de la vida como el límite de articulación cultural, la integración social y la socialización; el universo dado por supuesto de las acciones sociales cotidianas; la conciencia colectiva, la memoria colectiva que proporciona los esquemas de coexistencia de la vida social, los criterios de la representación simbólica y las maneras de hacer las cosas. Las expresiones motrices son aceptadas por los individuos más allá de los procedimientos argumentativos para su aceptación; es decir, allí tiene un límite el sistema, la institución. Estas tocan "plexos"

²¹ Expresión tomada de Berian. Ibid, p. 201

²² Durkheim, citado por Berian. Ibid, p. 37

ser impuestas por observadores; es necesario explicarlas desde el significado otorgado por los actores sociales.

El mundo de la vida proporciona un mundo instituido de significado, permite satisfacer las necesidades de entendimiento de los participantes en la comunicación, y este entendimiento da pautas de legitimidad a la construcción simbólica. El deporte, específicamente, ha alcanzado tales dimensiones gracias a que se arraiga en el mundo de la vida. Fue un valor significativo que luego pasó a ser constitutivo de la integración sistémica.

En Medellín, los ciudadanos se convocan en torno a una conciencia colectiva compartida, a una simbología compartida transmitida por el cuerpo en movimiento. El movimiento nos redime del infierno porque cultiva virtudes. En otras palabras, ante el asedio de la muerte, la amenaza de homogeneización, la pérdida de identidad, la desaparición de la norma, la carencia de solidaridad, la individualización, "la caída de los dioses", en síntesis, ante la falta de eficacia de la cultura, se vuelve al cuerpo como posibilidad de afirmación, elemento equilibrador de las relaciones interpersonales como búsqueda de infinitud.

Las expresiones motrices reúnen aquí diferentes paradojas:

1. Representan una vía física hacia el espíritu, eliminando, implícitamente, la pugna dualismo/monismo.
2. Fusionan la doble condición natural/cultural del cuerpo. El movimiento es una de las características más evidentes de todos los reinos de la naturaleza. En ese sentido, es un mecanismo que pertenece al mundo de lo natural, pero que se ha constituido en sistema de símbolos, universo semiótico mediador de las relaciones. Así, pues, es también una construcción cultural
3. Proporcionan tal seguridad sobre el poder del cuerpo que lo conducen al riesgo. El control sobre el cuerpo desafía la muerte. De ahí que las mismas fuentes de la vida nos hagan precipitar sobre ella; es fácil observar que los jóvenes realizan proezas cotidianas en las cuales el dominio sobre el cuerpo es el único garante de seguridad (carros de rodillos, bicicletas y patines pegados en los buses, entre otros), como si para convencernos de que existimos tuviéramos que enfrentarnos con la muerte.
4. El cuerpo manifiesta aquí dos dimensiones opuestas: marca lo precedero y es el camino de retorno a la eternidad.

"El principal remedio a los males del cuerpo siempre estuvo en el cuerpo", dice William Ospina.²³ Yo creo que el cuerpo en movimiento puede ser una fuente importante de alivio a los

23 Ospina. Op. cit, p. 76

problemas de la cultura. Es necesario desentrañar todas las opciones que las expresiones motrices encierran, entender el significado que las asiste, leer el texto en ellas inscrito. Estas han adquirido un sentido diferente y particular en esta ciudad donde el cuerpo se ha transformado en un valor sustantivo en las representaciones colectivas.

Las expresiones motrices reúnen en sí los diferentes discursos que ahora explican el mundo: el discurso de la ciencia positivista, que trata de argumentarlas y de darles un piso teórico firme, pero que no alcanza a tocar las fibras sensibles de lo que simbolizan. Tanto pertenece la motricidad a la esfera de la vida, que todos se atreven con ellas por fuera de los patrones académicos. El discurso del derecho, que las normatiza ofreciendo códigos de comportamiento que desbordan los campos de la acción; el discurso del arte, que elabora obras maestras con la destreza corporal, impregnadas de creatividad y de reto, y traspasa límites jamás imaginados realizando verdaderos *happenings* del movimiento; y el discurso religioso, en el cual se ha convertido en objeto sagrado y se le ritualiza y cultiva.

Y para concluir, retomo a William Ospina: "Incluso lo que hacían muchas veces los hechiceros y los facultativos era potenciar con sus influjos esas reservas de entusiasmo, esa milagrosa voluntad de vivir que es el núcleo verdadero de toda existencia. Cambiar la actitud del propio cuerpo y de la conciencia hacia la enfermedad [de la sociopatología] puede ser el comienzo de la curación. Tal vez debió ser siempre la base, a la vez ilusoria y práctica, de muchos milagros".²⁴

He querido decir que, por lo menos, hay otra alternativa: la salvación por el cuerpo.

²⁴ Idem.